



Su casa de Santiago era La Chascona, la de Valparaíso fue bautizada como La Sebastiana, la de Isla Negra nunca tuvo un nombre en especial, pero no porque Pablo Neruda la mirara en menos, sino porque tal vez fue la que más amó.

Estructura de piedra y madera, con amplios ventanales que miraban hacia el mar y estrechos pasillos y escaleras para sentirse navegando en un viejo y frágil barco perdido en el inmenso océano, la casa de Isla Negra es hoy un museo que sólo los perseverantes y los importantes logran visitar.

No puede ser de otro modo si se la quiere preservar como un monumento vivo al Premio Nobel de Literatura, un lugar encantado donde su genio poético parece prolongarse en el tiempo y en el espacio, especialmente en esa amplia y agitada llanura que le brinda el océano Pacífico.

"El acceso sin control, destruiría la casa", dicen sus celosos guardianes y proceden en consecuencia.

En las principales piezas, como la sala de estar y comedor, hay cristales de colores en las ventanas: rojos, verdes, amarillos y azules. Era parte del ojo del poeta que deseaba ver desde otra perspectiva la luminosidad del Pacífico.

En Isla Negra, Neruda

junto a sus caracolas, sus

mascarones de proa -entre

éstos su favorito, el de la Guillermina, desnuda dama que

sólo se vestía con la espuma

Por Enrique Gutiérrez Aicardi

de las marejadas-, sus barcos en miniatura encerrados en la transparente cárcel de los botellones y sus botellas de licor.

Una de éstas se rompió este verano, obligando a cerrar el bar de la casa, donde nadie podía instalarse detrás de la barra del barman, salvo el dueño de casa. Era una de sus entretenciones: preparar los tragos de sus visitantes, cuyos nombres quedaron inscritos en las vigas del techo, "no por su importancia", según explicaba Neruda, sino "porque eran amigos y punto".

UN POCO DE HISTORIA

Cuando en 1939 Neruda llegó a Isla Negra, éste era un caserío que llevaba el nombre de Córdova, que aún conserva un pequeño riachuelo que desemboca en el mar.

El poeta decidió que "Neruda no puede vivir en un lugar que se llama Córdova" y una noche de luna y vino, con un amigo pintor, borró todos los letreros y bautizó a la aldea con el nombre que el

LA CASA DE NERUDA EN ISLA NEGRA

Alma, ojos y oídos del poeta



mismo hizo pasar a la historia, es decir Isla Negra.

La casa está en un acantilado frente a una playa de grandes rocas, donde el baño no es posible. Solamente se pueden mirar las olas, cosa que Neruda hacía a través de sus vidrios de colores o de un catalejo, lejana herencia de los piratas de leyenda para este corsario de las palabras y los versos.

Cuando decidió construir

un estudio dedicado a recordar el lluvioso sur chileno que lo vio nacer, Neruda miró durante meses hacia el mar. El lugar estaba terminado, pero sólo faltaba el escritorio y el poeta parecía no tener prisa en elegirlo.

Sin embargo, una mañana grió: "Ahí viene mi escritorio". Una vieja puerta navegaba dificultosamente entre las olas. Neruda corrió a la playa y allí esperó, tranquilamente, que el obediente océano Pacífico, verdadero milagro, le arrojara prácticamente a sus pies.

No es éste el único misterio de Isla Negra, está también el mascarón de proa de

una mujer que llora. Cristalización del vapor de agua cuando se encendía la chimenea, dicen los expertos. "Tonterías, no es más que un milagro", contestaba Neruda.

Algo más sobre este estudio donde el poeta iba escribiendo sus versos con la misma serena tranquilidad con que las olas rebotan sobre la arena, el segundo de la casa, pues el otro era un verdadero atalaya hacia el océano.

Neruda decidió que la pieza debía tener un techo de zinc para sentir la lluvia con toda la fuerza con que los aguaceros barren la tierra en el sur de Chile.

La esposa de Neruda,

Matilde Urrutia -la misma que inspiró el amor desbordado de *Los versos del capitán*- se opuso. El zinc, vil metal, no resistiría la corrosión del aire salino y reemplazarlo cada año saldría muy caro.

La anécdota dice que Neruda replicó que "yo no sé nada de contabilidad. Lo único que sé es que en los libros de cuentas figura en un lado la palabra "debe" y en el otro dice "haber". O sea que debe haber...".

Hubo. El estudio tuvo su techo de zinc y allí Neruda se dejó arrullar por el murmullo de las olas y el tamborileo de la lluvia que le hacía regresar a sus años de infancia, junto a un gigantesco caballo metálico, cuya nariz de caucho solía acariciar cuando iba a la escuela primaria en Temuco, la capital de la vieja frontera, donde durante tres siglos los araucanos resistieron el empuje de los nuevos amos de Chile.

En septiembre de 1973, Neruda salió de Isla Negra para no volver físicamente jamás. Gravemente enfermo, quebrado emocionalmente por el golpe de Estado que derrocó a su amigo, el socialista Salvador Allende, sólo vivió unas pocas horas más que éste.

Pero allí quedaron, posiblemente para siempre, su océano de colores, sus mascarones de proa y sus caracolas nacaradas, que parecían destinadas a hermanar su alma con el mar.

Alma, ojos y oídos del poeta [artículo] Enrique Gutiérrez Aicardi.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gutiérrez Aicardi, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alma, ojos y oídos del poeta [artículo] Enrique Gutiérrez Aicardi.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile